

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

Juan bautiza a Jesús

Explicación

Hacia septiembre del año 778 de Roma, en el principio del año sabático, había aparecido Juan en la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia. *Y aconteció que, unos meses más tarde, a principios del año siguiente, como recibiese el bautismo todo el pueblo, entonces vino Jesús de Galilea, de Nazaret, donde seguramente moraba —dato precioso que debemos a Marcos—, al Jordán, hacia Juan, para ser bautizado por él mismo.* Probablemente siguió el camino que, pasando por el nordeste de Jezrael, conducía a la orilla cisjordánica y bajaba hasta el llano de Jericó. De Nazaret al sitio en que supone la tradición fue bautizado Jesús no habrá menos de 150 kilómetros, que salvó el divino Maestro, tal vez en compañía de las multitudes que e toda aquella región confluían al río sagrado.

Señálase como punto del bautismo de Jesús un delicioso lugar de la orilla izquierda del río, junto al vado de Bethagla, no lejos de Jericó. En la orilla opuesta, debajo de árboles copudos y entre el gorjeo de incontables pajarillos, suele celebrarse hoy la santa Misa, al aire libre, en la que se lee el texto evangélico que explicamos ante una devota peregrinación. Griegos y rusos se bañan allí en número extraordinario, siguiendo antiquísima costumbre; ya que refiere Teodorico que en 1172 vio una tarde más de 60.000 personas dirigirse con antorchas al río para bañarse en sus aguas, santificadas por el bautismo del Señor.

San Mateo, el más completo de los evangelistas en este punto, nos presenta a Jesús y Juan, en el momento en que pretende bautizarse Jesús, sosteniendo rápido y ceñido diálogo. Jesús, confundido entre las gentes, quiere ser bautizado como uno del pueblo: *Mas Juan se lo impedía, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí?* La oposición de Juan es grave, insistente. Para bautizar se necesita misión divina; su bautismo es de penitencia para la remisión de los pecados; y tiene ante sí al Verbo humanado, al que no tiene pecado, al que debe bautizar en el Espíritu Santo, de cuyo bautismo no es el suyo más que sombra y preparación. *Y respondiendo Jesús, no rectificando, sino más bien ratificando el concepto de Juan, le dijo: Deja ahora; es cierto cuanto dice; consiente en que sea por ti bautizado; pues en este momento es voluntad de Dios, que para mí y para ti debe ser regla del justo obrar, que sea bautizado por ti: Porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces lo dejó, consintió en bautizarle, aquietado por las razones del Señor.*

¿Cómo Juan reconoció a Jesús? ¿Se habían tratado ambos antes del bautismo? El arte cristiano nos ha acostumbrado a la visión de Jesús y Juan viviendo juntos, en escenas apacibles de la infancia de ambos. No tiene ello fundamento en el Evangelio, aunque tampoco es improbable que ambos se

hubiesen encontrado en Jerusalén en alguno de sus anuales viajes con motivo de las fiestas sagradas. Con todo, no hay que olvidar que Jesús pasó sus años juveniles en Nazaret, y Juan en la región montañosa de Judá, y muy prematuramente en los desiertos del mismo país, por lo que no creemos se conocieran personalmente el Bautista y Jesús: el hecho de que Dios le dé al Bautista, como signo para conocer a Jesús, la venida del Espíritu Santo sobre él lo confirma, a más de que el mismo Juan dice: «Yo no le conocía» (Jn. 1, 3).

Fue sin duda un instinto sobrenatural, a la vista de aquel israelita en plena virilidad y con los signos de la divinidad en su rostro, o bien una clara revelación divina, la que manifestó a Juan la persona del Mesías que tenía en su presencia. Entonces fue cuando la humildad del Bautista le hizo negarse a bautizar al Redentor: era el humildísimo Jesús, que se presentaba como pecador, al humildísimo Juan, que se consideraba indigno de desatarle la correa de las sandalias, cuanto más de bautizarle. Era preciso que se cumpliera toda justicia, presentándose como pecador, ya porque había sido fiador de pecadores, ya porque lo quiere así Dios, a cuya justísima voluntad se somete Jesús.

No sabemos si Jesús recibió el bautismo después del pueblo o mezclado entre la multitud. Sumergióse el cuerpo santísimo de Jesús en el Jordán para que, purificada el agua con el contacto de la purísima carne del Señor, lograra eficacia para obrar la regeneración espiritual. *Bautizado, pues, Jesús, al punto alzóse del agua:* salió en seguida, dice Knabenbauer, tal vez para significar su deseo de que viniera pronto sobre él la declaración del Padre, para empezar luego su ministerio público, y se manifestase a Juan y a la multitud presente el divino testimonio; como deseó con ardor llegar a la última Cena para comer aquella simbólica Pascua. De hecho, el bautismo de Jesús es uno de los actos culminantes de su vida: es como su introducción oficial al ministerio público.

Salió Jesús rápidamente del agua, y oró en seguida con fervor, encomendando al Padre lo que su bautismo significaba, su carácter de substituto universal de todos los pecadores, su misión de mediador, la regeneración del mundo por su obra. Mientras oraba, repentinamente, se rasgaron los cielos: *Y he aquí que, estando orando, se le abrieron los cielos.* O se rasgaron las nubes, o se abrió una cavidad en el firmamento como para dar lugar a una comunicación entre el cielo y la tierra, o apareció en la región superior de la atmósfera un resplandor especial, como si se abriera el cielo: era la señal de que el cielo se asociaba a la gran escena de la tierra. Jesús vio el cielo abierto, «se le abrió» y «vio», dice el texto. También lo vio Juan: «Y yo le vi» (al Espíritu Santo), dice de él el cuarto Evangelio (1, 32.34). Violo también probablemente el pueblo allí presente; es la opinión de la mayoría de los intérpretes: si no lo vieron todos, allí estará el Bautista para referirles el estupendo prodigio visto por sus propios ojos y transmitirles las palabras que él oyó (Jn. 1, 32-35).

Seguía orando Jesús, y *vio al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo*, dice Lc. (3, 22), *que descendía en figura corporal como paloma que venía sobre sí, y que*

se posaba sobre él. La paloma es el signo de la paz, de la sencillez, de la caridad, de la fecundidad; aptísimo símbolo externo para significar todas estas condiciones en Jesús. Para significar la paz la utilizó Dios en el diluvio, como vino sobre los Apóstoles para indicar la infusión del Espíritu de Dios. Los rabinos asemejaban el divino Espíritu a la paloma, símbolo de la inocencia y del puro amor. Posóse la paloma sobre Jesús, para indicar al pueblo que era él a quien venía a dar testimonio y no a Juan o a cualquier otro.

Al prodigio de los cielos abiertos y de la paloma que de ellos viene, se añade la pública proclamación, en forma sensible de voz humana, de la filiación divina de Jesús: *Y al punto sonó una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias.* Es el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, Hijo esencial y substancial de Dios, segunda Persona de la Trinidad beatísima que allí se manifiesta por la voz del Padre, la presencia corporal del Hijo y la paloma del divino Espíritu. Hijo natural de Dios, en quien Dios Padre se complace desde toda la eternidad; Hijo también natural como hombre —porque por obra del Espíritu Santo fue concebido—, a quien ve ahora el Padre con complacencia porque es santísimo, porque es el representante de la humanidad restaurada por él, porque es el pacificador de cielos y tierra. Un día dijo Dios que se arrepentía de haber criado al hombre: hoy tiene todas sus complacencias en este Hombre, en quien van a ser restauradas todas las cosas.

Este glorioso aparato del bautismo de Jesús es como una segunda epifanía del Señor, porque es como su proclamación oficial como Hijo de Dios ante los hombres y la inauguración de su ministerio público. Por esto se conmemora este hecho junto con la primera Epifanía, la manifestación a los gentiles, el día 6 de enero, fiesta de los santos Reyes. Y al mismo tiempo el bautismo de Jesús representa los misterios que en nuestro bautismo se obran: porque se nos borran los pecados y somos reconciliados con Dios; se nos abren los cielos, de los que estábamos excluidos por el pecado original; viene la gracia del Espíritu Santo sobre nosotros, y somos declarados hijos de Dios y herederos del cielo. Aptísimamente se coloca la reproducción de la escena de este Evangelio en nuestros baptisterios.

Termina San Lucas esta narración indicando de una manera aproximada la edad de Jesús al inaugurar sus públicas funciones de Mesías, como había indicado el advenimiento del Bautista al Jordán dando el cuadro de las autoridades de su tiempo: *Y el mismo Jesús comenzaba a ser como de treinta años.* Sobre la edad que pudiera tener el Salvador al tiempo de su bautismo, aunque no se puede precisar con los datos de los Evangelios, se puede asegurar que estaba para cumplir los treinta años. No es creíble que «toda la región de Judea y todo Jerusalén» (Mc. 1, 5; Mt. 3, 5) se trasladaran al Jordán para bautizarse en los días tórridos del verano en la cuenca inferior del Jordán, ni en pleno invierno, que suele ser allí muy lluvioso: hay que recordar que el sitio es desierto. Por lo mismo, dado que, después del ayuno de Jesús en el desierto, adonde fue inmediatamente después de su bautismo, y de la elección de sus primeros discípulos y el milagro de Caná, «se aproximaba la Pascua» (Jn. 1, 29; 2, 13), no creernos pueda situarse la

fecha del bautismo del Señor sino a últimos de otoño, tal vez a primeros de diciembre: el 25 de este mes, según nuestro cómputo, cumplía Jesús los treinta años. Entonces «comenzaba» su ministerio.

Lecciones morales

A) v. 13. — *Entonces vino Jesús de Galilea...* —Viene Jesús al Bautista con las multitudes para ser bautizado, no temiendo ser considerado como pecador. Nosotros, en cambio, llenos de miseria y pecado, queremos ser tenidos como selectos, libres de los pecados y defectos generales. Jesús condenará esta presunción en la parábola del fariseo y del publicano.

B) v. 14. — *Mas Juan se lo impedía, diciendo...* — Bajo las manos del Bautista se inclina la cabeza que temen y adoran las Potestades, dice San Bernardo; ¿qué extraño que tiemble el Bautista? ¡Cuán alta estará en el juicio la cabeza que ahora se abaja; y la frente que ahora aparece tan humilde, cuán sublime y excelsa se presentará! Imitemos la humildad de Jesús, para que entonces no nos confunda su poder.

C) v. 15. — *Porque así conviene que cumplamos toda justicia.* — Jesús quiere ser bautizado para cumplir toda justicia, es decir, para amoldarse en todo a la ley. Algunos intérpretes creen que el bautismo se impuso a Jesús por el Padre como precepto. Sea lo que fuere, Él, que había querido estar bajo la ley (Gal. 4, 4), que se había sometido a las prácticas legales de la circuncisión, presentación al templo, celebración de las fiestas religiosas, etc., no quiere substraerse a la práctica del bautismo de penitencia, que según muchos santos Padres estaba prescrita por Dios al pueblo judío de aquel tiempo. Es el Mesías, y se somete a la ley preparatoria de su venida. Nosotros debemos aprender en ello a no buscar exenciones y singularidades en nuestro favor, en ningún orden, si no es en caso de necesidad o de mayor gloria de Dios. Es ello señal de obediencia y humildad, y en estas dos virtudes se amparan todas las demás.

D) v. 17. —*Este es mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias.* — Dondequiera que alguien ve el sello de su bondad, dice Santo Tomás, en ello se complace, como el artista se complace en la bella obra que ha producido. La bondad divina se halla en todas las criaturas de una manera particular; pero en ninguna se halla en su totalidad: sólo en el Hijo y en el Espíritu Santo se halla toda la bondad de Dios, porque tienen la misma bondad de Dios. Por ello el Padre se complace totalmente en el Hijo. — En cambio, los hombres no se complacen en Jesús muchas veces; no sólo no se complacen, sino que le *miran* con indiferencia, o le odian. Es que no son de Dios, ni le miran desde el punto de vista de Dios. Prefieren las tinieblas a la luz, el mal obrar a la justicia. Tengamos nosotros, hijos de Jesús y seguidores de su doctrina y sus ejemplos, todas nuestras complacencias en Jesús, y obremos en forma que Él tenga en nosotros todas las complacencias, viéndonos semejantes a Él.

(Cardenal Gomá, *El Evangelio Explicado*, Ed. Acervo, Tomo I, 6ª ed.,

Barcelona 1966; p.343-348)